



LA REINA DE CHANNA

Por Ada Albrecht

Sucedió en el sur de la India, varios siglos atrás. Cerca de Tiruchinapali, en el Estado de Channa, se elevaba un bellissimo Templo a la Madre del Universo, la Divina Diosa Lakshmi. Ésta se hallaba adornada con maravillosos collares de perlas. Era la Gran Protectora de sus hijos humanos, y también, de animales y vegetales. Hasta las mismas piedras conocían el abrigo de Su Amor. Sus hijos, los sacerdotes, la reverenciaban y amaban. Sin embargo, las constantes prácticas de austeridades, ayunos, lecturas de Textos Sagrados que efectuaban a los pies de Su Imagen, eran incapaces de despertar en ellos una auténtica Devoción. No obstante, sea por la milenaria costumbre aprendida de sus mayores, sea por temor, día a día, a través de los años, realizaban las mismas acciones.

En aquellos días vivía en la aldea cercana una aguatera de nombre Kimu, que acostumbraba a ir todas las mañanas a saludar a su Madre Universal, la Divina y Compasiva Lakshmi.

Depositaba fuera del Templo sus vasijas cargadas de agua, e ingresaba en él extremadamente exhausta. Lejos estaba el río, y mucho era lo que debía caminar para llegar a la Casa de su Madre con sus vasijas repletas de agua cristalina. Extrañamente, asombraba a algunos sacerdotes, ver que cuando abandonaba la Divina Casa, Kimu se veía resplandeciente y plena de energía. Acomodaba, como era costumbre, sus tinajas sobre la cabeza, y se marchaba con paso ligero y tarareando canciones que ella misma componía como si fuera un ruiseñor humano.

—¡Qué curioso lo que sucede con Kimu cuando ingresa al Templo! Llega cansada, y sin embargo, al salir de él, isu renovación no tiene límites! —decían los sacerdotes, en especial, uno de ellos, de nombre Palava.

Y como la criatura humana siempre se ha sentido inclinada a resolver los enigmas cuando éstos se presentan, Palava la esperó al día siguiente, para ver qué acontecía de extraño en el sagrado recinto que Kimu acostumbraba visitar. Oculto detrás de unas columnas cercanas al Sancta Sanctorum, Palava pudo ver cómo la Divina Madre Lakshmi extraía una de las perlas de Su collar para depositarla afectuosamente en las manos unidas de Kimu, que arrodillada ante Ella, la recibía con devoción infinita.

El pobre sacerdote Palava, creyó ser presa de una alucinación. ¿La Madre Lakshmi, la Divina Madre, dialogando y ofrendando los tesoros de sus ornamentos a una simple aguatera?

Palava no pudo dormir esa noche ni las noches siguientes. Y durante el día no podía comer. El pobre sacerdote estaba deshecho. Oraciones, *Puyas*, meditaciones, la lectura de sus Textos Sagrados, no calmaban su inquietud. Estaba sumergido en un abismo de incertidumbre. Mañana tras mañana, espionando detrás de las columnas a Kimu, no atinaba qué hacer. Crecía su sorpresa, su incredulidad, y crecía también su iracundia. ¡Tantos años viviendo en el Templo, leyendo sus libros, haciendo sacrificios, y cuando miraba a la Madre Lakshmi, sólo era para recibir la visión de una piedra labrada! ¿Cómo era posible que la Diosa se manifestara con su cuerpo dévico para entregar a Kimu sus ornamentos, y hablar con Ella?

Una mañana, llegó al límite de la tolerancia, de modo que, saliendo de su escondite, se presentó ante la Diosa y su devota.

—¡Miles de horas he pasado en adoración ante Tu imagen, y nunca te manifestaste ante mí como lo haces frente a esta mísera aguatera! —exclamó Palava loco de dolor, y no pudo continuar hablando, porque le ahogaban sus sollozos.

—No mereces que yo me dirija a ti, Palava —dijo una voz de infinita dulzura—. Pero lo haré esta vez, y sólo esta vez, para extraerte del error en que vives tú e innumerables humanos. Llamas a esta niña “mísera aguatera”. Mira en el espejo de mi mano derecha, espejo donde se refleja todo el Universo, míralo atentamente. Verás que esta “mísera aguatera”, fue la reina más perfecta del imperio de Channa, hace centenares de años; sin embargo, su Amor por Mí la convirtió en una mendiga. Deambuló por el mundo, rechazando honores y fortunas, ya que sólo a Mí se devocionaba con todo su corazón. Durante muchas vidas su indesviada mente se sumergía en Mi esencia, como río en el mar. Su ser era mío. ¿Has visto las perlas y otras joyas preciosas que deposito en sus manos cuando me visita? Cada una de ellas representa una vida sagrada que Kimu ha puesto a mis pies. Y en cada una de esas vidas ella me ha ofrendado su alma. ¿Has cuidado a mis criaturas desvalidas, a niños y ancianos de la aldea, como Kimu lo hace? ¿Y has logrado verme en ellas? ¿Has ido al río una y otra vez para dar de beber a plantas y animales de la villa cercana? ¿Te has dedicado al cuidado de los otros, o sólo pusiste tu atención en tu propio cuidado? Cada uno de los ornamentos que le he dado a Kimu, al llegar a sus manos, se transformaban en virtud infinita de Devoción. Hoy le entrego la última perla. Hoy, ella y Yo seremos Uno, porque su alma alcanzó la cumbre del Amor

Perfecto. Durante muchas vidas Me adoró. Yo sólo le retribuía con Mi silencio. Durante muchas vidas me buscó en altares e imágenes. No pudo hallarme. Pese a ello, su amor jamás conoció la fría palidez de la Luna, como la de tantos supuestos religiosos; su amor siempre poseyó la luz y la tibieza del Sol. Kimu llegó a la cumbre de la Devoción, y ésta es, la “Devoción por que sí”. Para un hombre de lógica, éste es un sentimiento alocado, propio de un idiota. El lógico no encuentra razón que justifique este extraño sentir. ¿Me has amado acaso tú, como Kimu? He leído en tu corazón cómo, a diario, esperabas las ofrendas que Mis fieles me obsequiaban en la forma de dinero y especias. Adolecas aún de la enfermedad del apego al mundo y a sus bienes. Así nunca podrás alcanzarme. Aprende, pues, de Kimu, y como ella, libérate de las garras del tiempo, hijo mío, si lo que deseas es llegar a la Unión con lo Divino en tu corazón.

Y la Divina Madre retornó a la morada del silencio, regresó a la pétrea quietud de su imagen, ante la cual se inclinaban los hombres y mujeres que visitaban el Templo. El sacerdote Palava, también se guareció en el silencio. Se había tornado más sabio... y menos altivo. Rogó poseer las vestiduras de la humildad y la paciencia, para abrigar su alma, y tornarla más pura.

—Algún día —se dijo— mi corazón ha de llenarse de Amor, como el corazón de Kimu, y seré capaz, como ella, de merecer la revelación de la Santísima Madre del Templo.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
